

LAS MUJERES CUBANAS

UNA RESISTENCIA HEROICA

María Guerra

Lien, (17 años) maestra emergente en Artemisa



El derrumbe del socialismo en la URSS, colapsó la economía cubana. A esos años (1992-1995) se les llamó el Período Especial. Las exportaciones cayeron drásticamente y el bloqueo y la regulación del comercio por parte de los Estados Unidos, dificultaron el acceso a alimentos y a medicinas. El Período Especial llevó a pensar a la disidencia en Miami que sería el fin de la Revolución y la caída de Fidel Castro. La falta de energéticos provocó frecuentes apagones y la bicicleta se convirtió en el principal medio de transporte. El gobierno permitió entonces la circulación del dólar, se promovió el turismo, que le proporcionó cuantiosas divisas, pero que trajo, entre otros, el problema de nuevas formas de prostitución.¹

Una década después, en mayo del 2004, Estados Unidos dio a conocer el documento de la “Comisión de Ayuda para la transición a una Cuba Libre”, que restringe las visitas a la isla de los cubanos en Miami, así como las remesas de dólares. Muchas familias cubanas tienen a algún familiar en el extranjero y la ayuda en dólares que reciben equilibra en forma importante su bolsillo.

Habría que añadir otros problemas, como la ubicación geográfica de la isla, expuesta siempre al azote de huracanes. El sistema eléctrico se ha dañado por la mala calidad del combustible doméstico y los apagones han vuelto a ser un tormento para el pueblo. La amenaza siempre presente de una invasión a la isla por Estados Unidos, obliga a gastar en la defensa. En esta situación los cubanos recuerdan y temen otro Período Especial. La resistencia del pueblo cubano, especialmente de las mujeres, ha sido nodal para seguir adelante.

Estuve recientemente en Cuba y, con el apoyo de la Federación de Mujeres Cubanas, entrevisté a mujeres de diversas profesiones, pertenecientes en su mayoría a los sectores marginados de antes de la Revolución y a una generación que conoció el capitalismo. Es en el campo en donde la labor de la Federación es más notable. Visité diferentes lugares, como Matanzas, Artemisa y Pinar del Río. Mi interés era saber cómo vivieron el Período Especial y como viven ahora la crisis.

¹Al inicio de 2005 se retiró de la circulación el dólar estadounidense y se estableció el peso convertible cubano (cuc).



Rita, Elpidia y Ma. Elena, (Matanzas)

Venceremos, Fotografía de Henk Van Der Leeden (Holanda)



El Período Especial se llamó mujer

En Matanzas, una de las provincias más prósperas, en donde se ubica la famosa playa de Varadero, platicué con varias mujeres: Alejandrina, Elizabeth, Xiomara, Ismelia, Dayle. La primera en hablar y ubicar el tema fue Alejandrina, es cardióloga. Escuchémosla:

—El Período Especial se llamó mujer —dice contundente—. A la mujer le afectó más, porque nosotros somos las que teníamos que resolver directamente el problema de la comida, de la ropa, de los zapatitos, del trabajo profesional, de la pareja. Tuvimos que aprender a ahorrar; por ejemplo, en el hospital, antes yo usaba el papel para un electrocardiograma y lo tiraba después, entonces el papel con que antes hacía 100 ahora sacaba 200, usándolo del otro lado. Antes todo nos llegaba por tubería (se refería al apoyo soviético), desperdiciábamos las cosas.

Menos optimista que su compañera, Elizabeth, de 39 años, habla sobre sus vivencias. Es técnica media en agronomía, padece reumatismo y ahora es ama de casa, tiene una hija de 15 años.

—No puede haber nada peor. Ya no hay ni sol ni madrugada —dice riendo—. En aquel momento creo que todo dejó huella. Vivíamos como salvajes. Pero yo venía de un padre que fue combatiente, mi familia era obrera y sabía lo que ellos habían pasado antes de la Revolución y eso ayuda a resistir.

Ismelia es educadora de un círculo infantil desde hace 34 años. Platica que ningún niño dejó de ir a la escuela, ni de llevar su uniforme a pesar de las dificultades. —Nos dimos a

la tarea de confeccionar todo. No teníamos plastilina, usamos la arena húmeda; con unas piedrecitas los niños dibujaban en el suelo del patio. Del romero sacamos un líquido verde para pintar. Con sonajitas, con “chapitas” de botellas y alambre las panderetas...

Los ejemplos eran interminables. Volvemos de Matanzas al atardecer, vemos el sol cayendo sobre el malecón en La Habana.

Ir de la casa al trabajo con una sonrisa

Al día siguiente al mediodía vamos a Artemisa, en Habana Campo. Me espera un grupo de mujeres. Se ven cansadas, terminaron apenas su jornada laboral y hace mucho calor a esas horas de la tarde. Graciela, Clarissa, Marina, Clara, Aída y Lien. Recuerdo la película *Lucía* de los 70's, que muestra lo inconcebible que era que las mujeres salieran de su casa, y es aquí en el campo donde encuentro ahora ingenieras, economistas, técnicas, maestras rurales.

Graciela, de 63 años, ha sido dirigente en la Federación de Mujeres Cubanas y posteriormente en la Asamblea del Poder Popular. —En el ochenta habíamos alcanzado un desarrollo sistemático, hubo una caída por el derrumbe del socialismo. La mujer jugó un papel primordial, no dejó de ser dirigente, ni de atender a la familia, para lograr amanecer y dar de comer, cocinar y trabajar, que son dos cosas fundamentales. Esa labor de ir de la casa al trabajo con una sonrisa, fue de lo más importante que el Período Especial nos enseñó.

El tema de la comida es reiterativo, fue su principal problema. No había gas y cocinaban con leña. La carne, el pollo, el pescado, el huevo, escaseaban. La vida cotidiana de las mujeres es complicada, el horario de trabajo limita el tiempo para comprar o conseguir los alimentos, aunado al problema de transporte que significa muchas horas de espera o largas caminatas o el uso de la bicicleta.

—Dobles, triples, cuádruples jornadas —dice Clarissa—: la cáscara de plátano medio verde la hervíamos y hacíamos picadillo. Por la necesidad aprendimos a comer vegetales, la soya, las habichuelas, hicimos reuniones de “mujeres creadoras” para ver qué comíamos al día siguiente, cómo inventar un “bistec”.

Marina, técnica media y directora de una fábrica de confecciones textiles, platica:

—Tenía que cumplir con el plan de la fábrica y volver a la casa para preparar la comida. Las trabajadoras realizan el trabajo de la casa en la noche o la madrugada y a las 6 de la mañana a la máquina de coser. Hicimos toda la ropa sanitaria, para poder cubrir las necesidades de los trabajadores en el campo.

—¿Cuál fue la lección?

—Haber aprendido a hacer de todo, a vivir con lo que tenemos. La Revolución rescató la posición de la mujer y especialmente de la mujer negra, la salud pública no se cerró y siempre se han respetado los derechos humanos. Los trabajadores percibieron sus salarios, aunque hubo que cerrar algunas empresas. Si por algo tenemos que defender nuestra Revolución es por eso, la resistencia la vamos a tener—. Y enfatiza para terminar: —¡Por favor, diga usted esto en su país!

Clara es la jefa de cuadros de una empresa azucarera. —En el organismo que nos atiende se cerraron algunas centrales, pero ningún trabajador quedó desempleado. Se creó un programa especial y cuando desaparecía la empresa, se incorporaban al estudio.

—¿Y para atender a la familia?

—No me afectó tanto como en el trabajo. Allí tuvimos que recoger pedazos de tela para hacer guantes y un tipo de calzado especial para que los compañeros pudieran ir al campo con ropa adecuada. En esa etapa se sembró con la mochila al hombro, con caballos en vez de tractores.

La educación se vio afectada no sólo por la falta de materiales, sino también por la falta de maestros. Muchos profesores renunciaron a su cargo, otros se fueron, en la búsqueda de otras opciones. Los maestros rurales se vieron obligados a cambiarse a escuelas más cercanas a su casa, por el problema de transporte. Hace unos años se creó la modalidad de los “maestros emergentes” para sustituir esa carencia.

Lien, una joven de 17 años, es “maestra emergente”, comenta que después de terminar la primaria y la secundaria se integró a este programa, trabajan y estudian al mismo tiempo. Los grupos que atienden son chicos, no más de quince a veinte niños. —Yo pienso que la Revolución es algo grande, nos ha dado muchas facilidades, educación y salud gratuitas.

—¿Crees que se ha terminado con la discriminación por sexo o por color?

—Yo no siento discriminación por ser mujer ni por ser negra. Mire —y señala a un joven blanco que también es maestro emergente— él es mi amigo.

Las lágrimas resbalan por sus mejillas, no sé si es la emoción, si ese proceso es todavía difícil. Me desconcierta.

Dejamos Artemisa al anochecer. Después de la charla van a sus casas a preparar la comida o a reuniones de sus comités, en el campo tienen que caminar largas distancias. La mayoría de ellas no tiene hijos pequeños, es una ventaja.

Con las manos se hacen maravillas

Al día siguiente vamos a Pinar del Río. Me recibe un grupo de mujeres amables, sonrientes, casi todas de mediana edad. Isabel, de 62 años, nuestra jubilada, aborda al comenzar (nuevamente) el tema de la comida. —La mujer hizo tantas cosas. Yo llegaba a casa de mi mamá y ella nos daba valor, nos decía preparé un “revoltijito”, un poquito de vino seco. El vino seco lo hacíamos con la cáscara de tres plátanos, un litro de agua, media latita de leche condensada o azúcar, se licuaba y se guardaba cuarenta días. Se usa para guisar y evita el uso de grasa.

Siempre me ha llamado la atención la limpieza y el arreglo personal de los cubanos y especialmente la coquetería de las cubanas. Les pregunto cómo hacían para resolver esa necesidad.

—No teníamos jabón —responde Isabel—, pero rescatamos el uso de la ceniza y del maguey, para lavar la ropa. La ceniza era más fácil, se deja asentar en el agua y es un blanqueador perfecto. El maguey había que ir a la loma a buscarlo y además se lastiman las manos. Para algunas de nosotras es más difícil arreglarse el cabello. No teníamos shampoo, pero lo solucionamos con hierbas. Para teñir llegamos a usar violeta de genciana, agua oxigenada o manzanilla.

Aída nos comenta su experiencia, trabaja en el sector de la economía, tiene 64 años y es madre de cinco hijos. Antes de la Revolución era empleada doméstica.

—Nos dimos a la tarea de rescatar y apoyar la parte de la ropa, del calzado, teníamos poca experiencia en la costura. No había resorte y de la llanta de la bicicleta sacábamos una tira

finita, para el elástico de las bragas o las faldas o los pantalones. Cuando se compra todo, se olvida que con las manos se hacen maravillas. El capitalismo lo da todo ya hecho.

—¿Y frente a la actual situación, que piensas?

—Volver atrás sería muy duro. Los apagones fueron terribles, afrontar eso en las casas, había que volver a hervirlo todo para que no se echara a perder, no había refrigeración, ni ventiladores. Sí, hay problemas, pero sabemos porqué se lucha.

—¿Y tú? —le pregunto a María Isabel.

—Nací en el 59, con la Revolución. Para mí fue distinto, nunca he tenido contradicciones políticas.

—¿Crees que hubo errores en la planificación económica?

—No creo que se pueda hablar de errores. En aquel momento los países socialistas nos tendieron una mano y lo aprovechamos. La caída del campo socialista fue una dura experiencia para el pueblo cubano, estábamos acostumbrados a otro tipo de vida. He tenido suerte, mi compañero está convencido de la igualdad plena, el que primero llega a la casa comienza a hacer la comida, o baña al niño.

Caridad comenta que se ha batallado con el tema de la equidad pero que todavía falta. Su mirada, algo triste, contrasta con la alegría de las demás. Es maestra y recordando la falta de material, saca de su bolsa un lápiz hecho con un pedacito de caña cortada, el grafito se introduce y del otro lado se le pone un tapón. Me lo obsequia de recuerdo.

Dalia platica que estudió peluquería y en el Período Especial montaron un laboratorio, para hacer tintes, jabones, colores, las cremas y los perfumes. ¿Por qué son principalmente las mujeres las que tienen que resolver los problemas de la casa? ¿No hay cambios con la Revolución?

Responde Dalia: —En el Período Especial los hombres aprendieron a ayudar, la Federación ha hecho mucho en ese sentido, pero el machismo tiene raíces muy fuertes en nuestro país. Se han creado las Casas de Orientación para la Mujer y la Familia, en donde se dan charlas y talleres.

De regreso a la Habana, me quedan sus voces, sus risas, sus nombres: Aída, Belkis, Dayle, Xiomara, Elpidia, Rita. Rostros variados, alegres, serios o tristes, pero en todos una gran firmeza.

He seguido de cerca el proceso revolucionario cubano, con gran interés por lo que ha sido la construcción de una



Caridad en Pinar del Río, es maestra.

sociedad socialista, con sus logros y sus contradicciones y en especial el papel protagónico de las mujeres. La abolición de la propiedad privada no significa la inmediata desaparición de la opresión; pero para mí es evidente que el socialismo es la premisa para ello. El cambio es lento, es difícil cambiar la mentalidad, no sólo de los hombres sino de las mujeres, inmersos ambos en un sistema patriarcal. Aunque el machismo en Cuba, como en otros países, ha sido difícil de erradicar, hay cambios sustanciales. Es notable el poder que las mujeres tienen hoy, sea a través de sus instituciones, de los Comités de Defensa de la Revolución, o de la Federación. Ya no hay mujeres “indefensas”, como en otros países, sus derechos reproductivos están garantizados, el apoyo a la maternidad y a la infancia. El proceso de liberación de las mujeres ha ido acompañado de cambios en la familia, en los roles sexuales, en la identidad femenina; es alto el número de divorcios y los hogares cuya jefa es una mujer.

¿De qué están hechas esas mujeres?

Sin duda no surgieron de los mitos, aunque tienen madera para ir forjándolos. Pero sí sabemos que surgen de la conciencia de que su sociedad es justa y de que enfrentan a un enemigo poderoso: el imperialismo norteamericano. La agresión sistemática, el bloqueo, la guerra química que ha sufrido el pueblo cubano, afecta su salud física y mental. Los daños son aún incuantificables. Las mujeres que entrevisté, como ellas dicen, ganaron todo con la Revolución. Su capacidad de resistencia y la inventiva que han tenido que desarrollar frente a las dificultades son admirables.

¿La ciudad es diferente? ¿Qué piensan otros sectores de la sociedad, que piensan las generaciones jóvenes? Sería tema de otro trabajo. ☐

María Guerra (Ciudad de México). Escritora mexicana, licenciada en Historia, con maestría en Estudios Latinoamericanos. Ha estado vinculada a la docencia en la Universidad Nacional Autónoma de México gran parte de su vida. Incurrió también en el periodismo, escribiendo numerosos artículos en diversos periódicos y revistas y coordinando las páginas semanales “La mujer en el mundo” e “Infancia, mito y realidad”, en el periódico *El Día*. Entre sus libros, pueden citarse los poemarios *En donde duele el tiempo* (1991) y *Vocación de viento* (2000).